

— 148 —

APOLOGÍA

DE LAS CORRIDAS DE TOROS.

Un discreto artículo, escrito por estilo elegante, que *El Reino* publicó el día 10, condenando las corridas de toros y procurando rebatir cuanto en defensa de ellas hemos dicho, nos obliga á tomar de nuevo la pluma para defenderlas y defendernos. Pero téngase en cuenta antes de todo que nosotros no queremos demostrar que las corridas de toros sean útiles y buenas; nosotros no las hemos querido convertir en una especie de enseñanza para el pueblo, ni hemos querido hacer de ellas una institucion política y religiosa de trascendencia grandísima, como lo eran los juegos olímpicos, ístmicos y píticos, á que el articulista de *El Reino* las compara. Nosotros nos hemos limitado á

sostener que las corridas de toros son una diversion popular, ni más ni menos profana, ni más ni menos contraria á las buenas costumbres, que la comedia, el baile, los títeres, el circo ecuestre, las riñas de gallos y otras funciones por el mismo órden. Sin duda que seria muchísimo mejor que la gente fuese menos aficionada á divertirse y que se quedase en casa, estudiando, rezando ó cumpliendo con sus obligaciones: pero, puesto que somos frágiles y gustamos de divertirnos, no nos parece que los toros sean una diversion más censurable que otra cualquiera. De este modo, y con estas limitaciones hemos defendido los toros, y hasta indicarlo así para que vengan á tierra los más de los argumentos que nuestro colega nos hace.

¿Cómo hemos de creer nosotros que las diversiones públicas tengan por objeto, segun dice nuestro colega, «levantar el espíritu de los hombres, perfeccionar sus sentimientos y sus ideas, engrandecer su alma y ensanchar el horizonte de sus miras por las regiones de lo infinito y de lo absoluto?» Bueno y rebueno seria que tuviesen las diversiones tan noble y santo propósito: pero ni le tienen ahora, ni jamás le han tenido. ¿Qué ensanche de miras, qué dilatacion de horizontes, qué vision de lo infinito ni de lo absoluto ha de tener nadie despues de ver á un saltarin hacer cabriolas, á la Nena bailar el Jaleo, ó á un titiritero brincar en la maroma? ¿Qué ideas ni qué sentimientos se le perfeccionarán á nadie despues de haber oido una zarzuela de Camprodon ó un *vaudeville* malo y peor trauducido? Nadie tampoco, cuando sale de su casa y va

al teatro ú á otro espectáculo cualquiera, se propone perfeccionarse y adelantar en su educacion moral é intelectual: lo que se propone es distraerse un rato, si puede. A nadie se le ocurre decir: «Me voy al teatro á ver si me perfecciono y me corrijo y me abro nuevos horizontes y topo allí con lo infinito y lo absoluto.» Para hacerse sábio se va á la universidad á oír á los maestros y catedráticos, y para hacerse bueno se va á la iglesia á oír misa y sermones, y para hacerse místico y descubrir esos horizontes divinos, lo que conviene es la oracion mental, el recogimiento, la penitencia y la conversacion interior, y no irse á holgar por esos teatros, de fiesta en fiesta, y de bureo en bureo.

«Nosotros, añade el articulista, preguntariamos á los que se retiran al hogar doméstico despues de haber presenciado una de esas luchas entre los hombres y las fieras: ¿Qué nueva idea llevais hoy á vuestra casa, á consecuencia de la funcion á que habeis asistido? ¿Qué perfeccionamiento sentís en vuestro sér?» La pregunta que hace el articulista de *El Reino* se parece á la que hace el caballero de la *Tenaza* á una dama que le pedía un balcon para ir á los toros. «¿Qué piensas que se saca de una fiesta de estas?» Y el mismo caballero responde diciendo: «Cansancio y modorra y falta de dinero al que paga los balcones. Dala al diablo que es fiesta de gentiles, y todo es ver morir hombres que son como bestias, y bestias que son como maridos.» Pero nosotros que no estamos amenazados de pagar el balcon á ninguna dama, ni tenemos ese ensañamiento

interesado contra las corridas de toros, no podemos decir que son gentilicas, ni que siempre se ven en ellas morir hombres, cuando en todo lo que va de siglo, habrán muerto cuatro ó cinco en la plaza. Confesaremos, sin embargo, que no sentimos perfeccionamiento ninguno, ni traemos casi nunca nuevas ideas cuando volvemos de los toros; pero lo mismo nos sucede cuando volvemos de la comedia, del baile, de la tertulia, de los títeres y de otras muchas partes. Gracias si, al volver de la iglesia, ó de la Biblioteca nacional, ó de una cátedra, nos sentimos algo mejores ó un poco más instruidos que cuando entramos en ellas.

Desengáñese nuestro poético adversario; si fuésemos á renegar, como nos aconseja, de toda festividad donde no recibiese el alma «mayor impulso hácia lo bueno y mayores y más vivas aspiraciones hácia un mundo superior, manantial de toda vida, foco de toda luz, centro de toda grandeza y origen de todo lo creado,» iríamos á pocas partes, salvo al jubileo y al sermon, y á oír lecciones de sana filosofia, donde haya quien sepa darlas.

Los juegos olímpicos, que cita nuestro colega, no comprendemos que pudieran producir en nosotros esos divinos efectos. ¿Qué mayor impulso hácia el bien, qué mayores aspiraciones místicas nos habia de infundir la contemplacion de la lucha, del pancracio ó del pugilato, y los atletas combatiéndose desnudos y dándose furibundas puñadas, hasta verter sangre por las narices y la boca, y hasta cubrirse de cardenales y de contusiones horribles, y hasta caer y revolcarse en la

arena, todos magullados y molidos? Lea el articulista cómo pinta Homero los juegos *epitafios* que dió Aquiles en honor de Patroclo, y, aún prescindiendo de los sacrificios humanos, verá si son bárbaros. Para colmo de elevacion del alma á Dios, solia tambien hacer algun filósofo cinico tal cual indecencia, ó extravagancia mayúscula, en los mencionados juegos, que el articulista de *El Reino* nos presenta como un dechado. Recuérdese, en prueba de lo que decimos, el espectáculo que dió en ellos Peregrino, el famoso, cuando se vistió, ó mejor dicho, se desnudó de Hércules é imitó á Hércules, quemándose en una hoguera como lo describe Luciano.

Pues no crea tampoco el articulista de *El Reino* que los famosísimos conciertos de Alemania, al aire libre, en los jardines públicos, tienen siempre ese carácter de sublimidad y de moralidad que les atribuye. En dichos conciertos suele tenerse muy presente aquella sentencia en verso de Lutero, que dice:

Wer liebt nicht Weib, Wein und Gesang,  
Der bleibt ein Narr sein Lebenlang:

que es como si dijéramos:

Quien no ama el canto, la mujer y el vino,  
Es durante su vida un gran pollino.

Es verdad que á estos conciertos asisten honrados burgueses, que se atiborran de tortas y de cerveza, y que fuman en pipa, mientras oyen la música, y excelentes matronas que hacen calceta, prestando siempre

alguna atencion al arte; pero allí acuden tambien las costurerillas alegres y los estudiantes regocijados; y se come, y se bebe, y se retoza, y se suele pensar en todo menos en lo infinito y en lo absoluto, y se ven muchas cosas que nada tienen que ver con los horizontes ideales. Lléguese el articulista de *El Reino* á una jóven pareja que salga de estos conciertos, y pregúntele: «¿Qué perfeccionamiento sentís en vuestro sér?» La pareja es probable que le conteste á duo con aquellos versos de Heine:

Ich habe gerochen alle Gerüche  
In dieser holden Erdenküche;

esto es, aunque mal y libremente traducido:

He olfateado toda golosina  
Del mundo en la dulcísima cocina, etc.

El mundo seria para esta pareja una cocina y no un templo.

Añádase á esto el juego desenfrenado, que suele combinarse en Baden y en otros puntos con los referidos conciertos, y comprenderá nuestro entendido impugnador que no es todo oro lo que reluce, y que es rara, muy rara, la diversion pública que un moralista severo no pueda y deba condenar.

Achaques son de la decaida y pecadora naturaleza humana, y lo mismo se advierten sus deplorables síntomas en las corridas de toros que en cualquiera otra diversion, incluso la del teatro, á pesar de la manía que ha entrado á varias personas de sostener que el

9.

teatro es una escuela de costumbres. Todo lo contrario han pensado muchos Santos Padres y muchos eminentes teólogos, y más veces se han prohibido las comedias y más se ha clamado contra ellas que contra los toros, aunque en balde siempre.

En España, donde ha sido el teatro tan grande, tan rico, y en cierto modo tan católico, ha sido anatematizado y prohibido en diversas ocasiones. El P. Mariana le censuró duramente, y en tiempo de Felipe II se prohibieron las comedias, pues, según el dictámen de doctos teólogos, «las que hasta allí se habían representado, y solían representarse, con los dichos y acciones, y meneos y bailes, y cantares lascivos y deshonestos, eran ilícitas, y era pecado mortal representarlas.» En tiempo de Felipe IV, con ser este rey autor de comedias, también estuvieron las comedias prohibidas durante algún tiempo, y sólo se permitieron las que trataban de *historias y vidas de santos*. En el dicho reinado de Felipe IV, hubo muchos prelados, como por ejemplo el arzobispo de Sevilla, que condenaban las comedias, diciendo que con las tales representaciones andaba *la gente vestida de lujuria*. En tiempo de Carlos II también estuvieron las comedias más toleradas que consentidas, sujetas á censura muy severa, y en algunas ocasiones prohibidas completamente. En el siglo pasado, reinando ya la familia de Borbon, siguió la misma persecucion de los teólogos contra las comedias; pero el Consejo de Castilla consintió su representacion, si bien con bastantes restricciones.

De lo dicho deducirá el articulista de *El Reino*, que si los prelados y otros varones doctos y piadosos han censurado á veces las corridas de toros, no lo han hecho jamás con tanta perseverancia como con las comedias; y que, si esta fuera razon para que las corridas se prohibiesen, más lo sería para que se prohibiesen las comedias, y aún para que se convirtiese el mundo en una Tebaida.

*El Reino* nos censura, sin razon, por haber citado una bula del Papa, consintiendo las corridas de toros. ¿Pues cómo no la habíamos de citar, cuando se nos venian encima los místicos al uso, asegurando que la Iglesia condenaba las corridas? ¿Acaso ignora *El Reino* que cierta gente farisáica ha dado en la flor de acusarnos de herejes y de impíos á cada momento, de suerte que apenas podemos ya desplegar los labios sin citar alguna autoridad, y apenas podemos decir sobre algo esta boca es mia, sin exhibir bula ó buleto que nos lo haga licito?

«La religion no protege, dice *El Reino*, ni ha protegido nunca las corridas de toros.» Estamos de acuerdo. ¿Cuándo hemos dicho nosotros lo contrario? Tampoco la religion ha protegido las comedias, ni los títeres, ni los bailes, y no por eso deja de tolerarlos como un mal inevitable.

Dice *El Reino* que Carlos III prohibió las corridas de toros, y que Isabel la Católica habló mal de ellas. Más veces se ha prohibido el teatro, y más veces se ha hablado mal de él, y con todo no concluye.

*El Reino* dice asimismo que las corridas de toros son

un espectáculo en que puede morir un hombre, un hermano nuestro. A estas razones hemos contestado ya, que también se matan los acróbatas y los saltarines, y que hay otras mil industrias y profesiones en que se aventura tanto ó más la vida que en la del torero. El buzo que busca en el fondo del mar la perla que ha de coronar las sienas ó ha de adornar la descubierta garganta de la hermosura; el albañil, que se encarama en lo alto de un andamio para terminar un edificio; el minero, que penetra en los lóbregos senos de la tierra en busca del oro, con que todo se compra, ó del plomo mortífero, cuyos vapores penetran en sus entrañas y le dan la muerte; el domador de fieras; el desbravador de caballos; el postillon de diligencias; en suma, mil y mil oficios, que no citamos por no pecar de prolijidad, oficios á que el hombre se somete, no sólo para satisfacer una necesidad social, sino para complacer á veces la vanidad, el lujo ó el capricho de otro hombre, son más ocasionados á dar la muerte que el oficio de torero. Que se supriman, pues, todos esos oficios por anti-filántrópicos é inmorales. Pero discurrendo tan filántrópicamente, vendríamos á parar en suprimir la vida, porque la vida trae consigo la muerte. Viviendo y obrando la vida se gasta, se consume, y al cabo nos morimos el día menos pensado, unos antes, otros después, unos de cornada de toro, y otros de cornada de burro. Más desgracias hay en Madrid de resultas de los atropellos de los coches que en toda España de resultas de las corridas de toros. ¿Y por esto hemos de suprimir los coches y obligar á todo el mundo á que ande

á pié? Convéznase *El Reino* de que es exagerada por demás tanta filantropía.

Tiene razon *El Reino* al afirmar y lamentar que en las corridas de toros se dicen muchas palabras indecentes y groseras; se pronuncia demasiado la *J*; pero ¿dónde no sucede lo propio en esta tierra de garbanzos? El hombre ó la mujer de oídos delicados y púdicos no conseguiría dejar de oír tales cosazas no yendo á los toros; sería menester que no saliese por esas calles, plazas y plazuelas, ó que, cuando saliese, se tabicase bien con cera los oídos, imitando al prudente Ulyses. ¡Pues no es nada, cuando uno va de viaje, sobre todo si tiene asiento de berlina, y puede escuchar la amenaza é interesante conversacion que el mayoral y los zagales traen de continuo con las mulas! Aquello sí que es jurar y maldecir, y lo demás es nada.

En resolucion, en este mar del mundo en que nos hallamos engolfados, hay muchos escollos y bajios, donde se expone á naufragar toda virtud; hay muchos peligros que la honestidad y la decencia tienen que arrostrar y combatir; hay un enjambre de cosas malas, y un hormiguero de circunstancias pecaminosas que rodean al más cauto, al más precavido, al que más propende á huir de ellas. Entre todas estas cosas pueden indudablemente contarse las corridas de toros; no lo hemos negado nunca. Pero de esto á combatir las corridas de toros con singular furia, como si fuesen el extremo de lo malo, hay una distancia enorme, que marcarémos siempre y harémos sentir, á pesar de los sutiles y elevados discursos del articulista de *El Reino*.

«SOBRE LA ESTAFETA DE URGANDA, Ó AVISO DE CIDR ASAM-  
OUZAD BENENGELI, SOBRE EL DESENCANTO DEL QUIJOTE, ES-  
CRITO POR NICOLAS DIAZ DE BENJUMEA.—LÓNDRES: 1861.»

Hace ya meses que recibimos la ingeniosa obrilla cuyo título sirve de epigrafe al presente trabajo, y reconociendo en su autor extraordinaria agudeza y no común vivacidad de fantasía, le recomendamos encarecidamente á nuestros lectores. La alabanza que dimos entonces al Sr. Benjumea no se limitó á esto. El tono de la gacetilla es pomposo é hiperbólico casi siempre, y adoptándole nosotros, dijimos además que el Sr. Benjumea tenia un *conocimiento profundo* de las cosas de que trataba. Quisimos dar á entender por tales razones que el Sr. Benjumea habia estudiado con detenimiento todas las obras de Cervantes; que habia leído á sus comentadores y anotadores, y que sabia cuanto hay que saber de la literatura de aquella época y de los libros de caballería, que inspiraron en cierto modo á nuestro

gran novelista. Mas no por eso dijimos que el señor Benjumea hubiese penetrado bien el espíritu del *Quijote*, antes afirmamos lo contrario, sosteniendo que en esta bellissima novela no hay ni puede haber esa doctrina esotérica, esa filosofía oculta, esa maravillosa ciencia que el Sr. Benjumea pretende haber hallado. El *Quijote* es, en nuestro sentir, una obra de arte, una poesía, un libro de entretenimiento, y nada más.

Es verdad que prometimos demostrar este aserto; pero despues nos retrajo de cumplir la promesa la misma facilidad de cumplirla. Se comprende que un hombre de grande discrecion y habilidad se proponga, con el fin de lucirse, demostrar la paradoja de que en el *Quijote* hay un tesoro escondido de saber, del cual nadie se he percatado hasta hoy. Semejante demostracion calificará á quien la hiciere de agudísimo, de sutil en sumo grado. Pero la demostracion contraria, esto es, la demostracion de que el *Quijote* no es más que una novela, es tan evidente y tan fácil, que no merece ni logra nada quien llegue á hacerla.

Lo habil, lo gracioso, lo digno de un hombre curtido en las ciencias, seria demostrar que ahora estábamos en estío. Para demostrar que estamos en invierno, sólo se necesita sentir el frio que hace. Con esta consideracion, casi no nos arrepentimos de haber hablado del *conocimiento profundo* del Sr. Benjumea, y no tenemos por hipérbole tan grande encomio. *Conocimiento profundo* y más que profundo se ha menester para hallar en una obra, cuyo valor poético ó artístico ha sido la admiracion de los hombres durante más de dos

siglos, un valor científico, que nadie, por lo general, sospechaba.

Nosotros negamos redondamente que haya en *El ingenioso hidalgo* más valor científico que en el último manual de Roret, que en el peor artículo de un diccionario de ciencias: pero como esta opinión nuestra es la más seguida, y la del Sr. Benjumea la más rara, esperábamos á que saliesen á luz los *Comentarios filosóficos* que *La Estafeta de Urganda* anuncia y promete, para refutarlos, como es justo. Dimos, con todo, á entender en la *gacetilla* que los *Comentarios filosóficos* habían de ser, juzgando por la muestra que su autor nos daba en *La Estafeta*, de lo más ameno, curioso, sutil y hábil, que puede imaginarse: por lo cual deseábamos y seguimos deseando su publicación. No permita el cielo que nuestros argumentos en contra de la tesis que el señor Benjumea piensa demostrar sean obstáculo á que los mencionados *Comentarios* se den á la estampa. No permita el cielo que por culpa nuestra, se desazone y desaliente el Sr. Benjumea, y prive á las personas de gusto, de la sabrosa lectura del libro singular que nos tiene ofrecido, y en el cual se podrá decir de mucho que *si non é vero é ben trovato*.

Sólo en este sentido hemos criticado el propósito del señor Benjumea. Nosotros no acertamos á persuadirnos de que el *Quijote* sea una *cifra*, un logogrifo, cuya misteriosa significación, hasta el día ignorada, va al cabo á quedar patente. Nosotros no podemos ver en el señor Benjumea á un nuevo Champolion, ni en el *Quijote* algo parecido á los hieroglíficos egipcios. Tenemos

del arte y de la poesía una idea muy diferente; idea que se opone *á priori*, á la afirmación del Sr. Benjumea; idea que, si fuese contradicha por los *Comentarios filosóficos*, léjos de dar más importancia á la novela de Cervantes, destruiría acaso mucha parte de la que tiene. Si el Sr. Benjumea llegase á probar (que no lo tememos) que el *Quijote* es un logogrifo, el señor Benjumea *desencantaría* de veras el *Quijote*; esto es, le haría perder su verdadero y nobilísimo encanto. La vida, la gracia, el ser de aquellas creaciones inmortales de nuestro egregio poeta, se desvanecerían, se evaporarían, y sólo nos dejarían, como residuo muerto, un frío simbolismo, unas alegorías sin alma, que por mucha ciencia que encerrasen, no valdrían el espíritu poético, que el Sr. Benjumea quiere apartar del *Quijote*.

Crea el Sr. Benjumea que si Cervantes quiso decir ó enseñar algo esotérico en su *Quijote*, nada aprovecha esto al que le lee con corazón y entendimiento de poeta ó de artista; antes le daña. Para Winkelmann, por ejemplo, no sería mayor el mérito del Apolo de Belvedere, porque un alambicador anticuario viniese á demostrar, que tal pié le tiene la estatua en tal postura para significar tal cosa; tal mano para explicar ó indicar tal idea; que con las orejas denota esta ó aquella máxima de filosofía; que con las narices simboliza uno de los misterios más hondos de Samotracia; que con el pecho, modelado de cierta manera, da razón de todo el saber de Orfeo; y que con la espalda y los muslos pone en claro toda la *aritmofía* de Pitágoras y todos

los recónditos y proféticos conceptos de las sibilas. Winkelmann diria que todo esto no valia nada en comparacion de la belleza artística del Apolo, y que el Apolo era la admiracion de los hombres, no porque enseñaba aquellas cosas, sino porque realizaba la hermosura en el grado más sublime de perfeccion; porque era el más alto ideal del arte, que de la antigüedad se conserva. Si nuestro alambicador escribiese unos *Comentarios filosóficos* sobre el Apolo, nosotros aplaudiriamos y hasta nos pasmaríamos de la filosofia y del saber oculto (ya patente) que en los *Comentarios* hubiera: pero al ver el Apolo, nos olvidariamos de nuevo de toda aquella filosofia, y nos admirariamos solamente de su celestial é inimitable hermosura. Con el *Quijote* y con los *Comentarios* del Sr. Benjumea nos ha de suceder lo mismo. Por más filosofia que el Sr. Benjumea amontone y saque á relucir, nunca nos admirarémós en el *Quijote* sino de la belleza de sus figuras, de la gracia de sus diálogos, de lo variado y ameno de sus aventuras, del primor y elegancia natural de su estilo, y de la pasion y de la fantasia de su autor. Esto no será impedimento para que cuando queramos admirarnos del saber filosófico, acudamos á los *Comentarios* del Sr. Benjumea: pero entonces nos admirarémós del Sr. Benjumea, y no de Cervantes.

Si el Sr. Benjumea no nos hubiese dirigido desde Lóndres un comunicado muy atento, que insertamos en *El Contemporáneo* del 28 del mes pasado, no entraríamos en esta discusion, hasta despues que los *Comentarios* se hubiesen dado á la estampa. Nosotros no quer-

riamos desalentar al Sr. Benjumea, que, segun asegura, ha abandonado, para dedicarse á la aclaracion del *enigma del Quijote*, la carrera en que habia consumido gran parte de sus intereses, gran parte de su juventud, y que ha consagrado su existencia y sus vigiliass, y todas las fuerzas de su alma, á la revelacion de esos misterios. Pero el Sr. Benjumea nos provoca é incita á que le contradigamos, y no podemos ya dejar de hacerlo. Téngase, sin embargo, presente, que no condenamos su trabajo, ni desestimamos el fruto de sus vigiliass y de sus sacrificios. En los *Comentarios filosóficos* del señor Benjumea, así como en *La Estafeta*, que ya conocemos, podrá haber, y hay, mil noticias curiosas sobre la vida del eminente poeta español, un juicio recto y atinado de su carácter, y hasta no pocas notas, advertencias y explicaciones, sobre alusiones embozadas á este ó á aquel personaje, y sobre negocios, casos y sucesos de la época en que se escribió el *Quijote*; todo lo cual es digno de saberse y muy curioso y divertido para el que lo lee: pero de aquí á esa doctrina esotérica, á esa llave encantada, con que va á abrirnos el Sr. Benjumea el arcano y hasta hoy inexplorado templo de la sabiduría de Cervantes, hay una distancia infinita. Decia el abate Galiani que, en los buenos libros, es más lo que está escrito, con escritura oculta, entre renglones, que lo que está escrito en los renglones mismos. Pero no seguimos la opinion del quinta-esenciado abate. En los libros, buenos ó malos, no hay más escrito que aquello que está escrito. Y seria harto inverosímil que hubiesen pasado siglos sin

leer nadie en el *Quijote* sino aventuras divertidas y discretas conversaciones, llenas de chiste, y viniese ahora el Sr. Benjumea á descubrir una filosofía, una doctrina hondísima, que no habíamos llegado á sospechar.

¿A qué propósito habia de haber guardado Cervantes, bajo el sello del hieroglífico, esas útiles y grandísimas enseñanzas? ¿Qué filósofo, ni qué sábio, hizo jamás tal cosa? ¿No es una puerilidad ó una falta de caridad encubrir bajo alegorías casi impenetrables una buena doctrina? ¿No es mejor y más de hombres honrados el enseñarla claramente, para que el prójimo se enmiende, adelante y perfeccione? Platon, Santo Tomás, Descartes, Bacon, Newton, Bossuet, Kant, Hegel, todos los grandes sábios que ha habido en el mundo procuraron ser lo más claros que les fué posible, y si algunos han sido oscuros, lo han sido por falta de habilidad, y no por falta de gana de dejar de ser claros; pero nunca han sido tan oscuros que hayan tenido celadas dos ó tres siglos todas sus filosofías, y bien envueltas en símbolos, hasta que al cabo de los años mil ha aparecido un Sr. Benjumea, que ha levantado el tupidísimo velo que las ocultaba á los profanos.

En el *Quijote*, y esto es lo que mas nos pasma, no hay como en otros poemas, en verso ó en prosa, ni el más leve pretexto para la interpretacion y desentrañamiento de lo oculto. Nadie que no esté obcecado, deja de entender bien cuanto dice el *Quijote*; nadie busca, al través de sus imaginadas nebulosidades, esa luz mística y sublime, que quiere hacer brillar el Sr. Ben-

jumea. Comprenderíamos unos *Comentarios filosóficos* sobre *La Alejandra* del tenebroso Licofron, ó sobre *Las Soledades* del culterano Góngora; pero sobre el *Quijote* del tersísimo y clarísimo Cervantes, no los comprendemos.

Nadie se atreverá á negar que, en obras de imaginacion y de mero entretenimiento, han revelado ó consignado algunos poetas grandísimas verdades; pero no de suerte que haya sido menester que pasen siglos y que nazca un Sr. Benjumea para que las escudriñe y salgan de la niebla que las envolvía. Séneca vaticina en un coro de la *Medea* el descubrimiento de un nuevo mundo; pero le vaticina sin clave, y sin cifra, y sin misterio: *Tetis*, dice, *descubrirá nuevos mundos*. ¿Qué Sr. Benjumea se necesita para poner esto en claro? Virgilio, en su égloga IV, haciéndose eco de los profetas hebreos, vaticina la venida de un redentor. Pero ¿no está claro y terminante el vaticinio? ¿Qué cifra ni que hieroglífico hay en él? La humanidad entera presentia al que habia de venir, y Virgilio expresa con toda claridad su milagroso presentimiento. Tampoco hubo duda jamás sobre este vaticinio del Mantuano. Dante, ó bien por coincidencia, ó bien por inspiracion, ó bien por noticias de viajeros, como Marco Polo y otros, dice que hay en el hemisferio austral una constelacion que tiene forma de cruz, y en efecto, la hay. Pero ¿qué misterio puso Dante en este vaticinio? Los poemas que son verdaderamente misteriosos y religiosos, el *Prometeo*, de Esquilo, la *Teogonia*, de Hesiodo, el canto sexto de la *Eneida* y otras obras por el es-

tilo, están dando á conocer, á tiro de ballesta, que envuelven, en efecto un misterio; misterio que, sin embargo, se explica y aclara; pero en el *Quijote*, ¿donde está el enigma, dónde la señal de lo misterioso y recóndito? ¿Por qué los molinos de viento han de ser más que molinos de viento, y los batanes más que batanes, y los requesones más que requesones? ¿Qué indicio hay en la vida, condicion, estudios y aficiones de Cervantes, que nos persuade de que fuese un Paracelso, un Raimundo Lulio, un Alberto Magno, un sábio nigromántico, quiromántico, ó cosa parecida, y no un soldado valiente, un hombre de mundo, y un aventurero corrido y experto, más conocedor de los percheles de Málaga y de las calles de Triana, que de las ciencias y de las filosofías, las cuales no le hicieron falta para ser el regocijo de las musas? Cervantes compuso el libro de más amena lectura que se ha escrito jamás, y la novela más realista y más idealista á la vez, que ha producido ingenio humano, porque en ella pintó, con la fidelidad de un fotógrafo, toda la vida real que tan admirablemente conocia, y que con tal brio de imaginacion sabia reproducir en sus escritos, y porque en ella supo iluminar y esmaltar esta pintura y realzarla hasta lo más sublime de la poesía, con el vivo fuego y con la clara luz del limpio, esplendoroso y puro ideal artístico que ardia en su alma.

Estos merecimientos de Cervantes y de su obra bastan para que esta sea inmortal, y ensalzada hasta los cielos, y leida, y aplaudida, y celebrada entre todas las gentes y naciones. No es menester que el Sr. Benju-

mea se devane los sesos para hallar en Cervantes una filosofia oculta, y explicar por ella el entusiasmo que produce su obra. ¿Qué filosofia oculta hay en las odas de Pindaro ó de Safo? ¿Qué nos enseña Ariosto? ¿Qué Moreto? Qué Lope ó qué Calderon? Ninguno de estos altísimos poetas nos enseña grandes verdades científicas. El peor libro en prosa de la época en que ellos escribieron nos enseña mil veces más, científicamente. La *mision* del poeta no es enseñar algo científico. La *mision* del poeta es dar sér y forma sensible á la *hermosura*, la cual es, como la verdad, una emanacion inmediata y refulgente de Dios, y vale tanto, por lo menos, como la verdad, con la diferencia de que casi siempre suele ser más agradable, y siempre es más dulce y muchísimo más divertida.

Allá en la infancia de las sociedades humanas, todo se escribía en verso ó en poesía, y los poetas eran sábios y sacerdotes, y los sacerdotes sábios y poetas, los cuales adoctrinaban al vulgo y le comunicaban algo de sus ocultas doctrinas, por medio de figuras y de símbolos; pero, ya en tiempo de Cervantes, la humanidad estaba harto crecida y granada, y habia cierta division de trabajo, quedando la ciencia para expuesta prosáica y metódicamente por los hombres científicos, y reservándose los poetas el imperio y la creacion de la hermosura. Si la ciencia intervenia á veces en sus creaciones, fiera como material y asunto de donde la hermosura puede tambien salir, pues tambien en la ciencia hay hermosura; mas no para enseñar y velar la enseñanza con extraños y ridiculos acertijos, acró-

